

Perfil del clásico

EN un país como el mío, de origen devastado por las guerras y los infortunios, desgarrado por el brutal maniqueísmo de los clanes, por la tajante división entre privilegiados y excluidos, un escritor desconocido venía a demostrarme con unos breves fragmentos —después lo haría con la totalidad y el ejemplo de una vida verdaderamente oracular—, que esta esquizofrenia colectiva podía y debía ser combatida y anulada, al menos en la literatura, si la literatura quería significar algo; de hecho, esto no era posible en el seno de una sociedad maniquea y caníbal.

En el exilio empecé a escribir y continúo escribiendo mi obra, que puede ser considerada en su totalidad como una obra tejida por la trama del destierro.

Este exilio no ha sido voluntario, sino forzoso, puesto que sufrí varias expulsiones, hasta que se me despojó de mis derechos de ciudadanía, se me convirtió en un apátrida con prohibición expresa de volver a entrar en mi tierra natal. Esto constituyó, por supuesto, un homenaje de un régimen policíaco al peligro «subversivo» de un autor, la única clase de distinciones, por otra parte, que semejantes regímenes pueden otorgar a un hombre libre y a una obra crítica de los males de una sociedad.

La literatura de ficción es despreciada y de hecho no existe en el Paraguay como sistema de obras significativas unidas por vínculos de denominadores comunes; pero un ciudadano, un hombre de cierto prestigio en el extranjero, es el chivo emisario ideal para esta clase de escarmiento ejemplarizador. Esa suerte me cupo. Le estoy agradecido.

Fue en el destierro donde empecé a descubrir el verdadero rostro de

Desde *Hijo de hombre* y *Yo, el supremo*, el nombre de Augusto Roa Bastos acrisola de manera ejemplar el ancho mundo de la Literatura Hispánica. Esto lo saben hasta los que todavía no han leído sus obras excelentes.

Es el caso que los días finales de mayo, esplendurosos de primavera en Murcia, tuvimos en las aulas de la Universidad su presencia viva, sorprendente y entrañable. No sabría decir qué nos impresionó más, si el tono de profunda humanidad con que nos obsequió, la dulzura de su voz y el encantamiento de su palabra desgranada en el hondón del alma como gloria de la celebración. Vivimos unos días de auténtico placer intelectual.

Desde el Departamento de Literatura Hispanoamericana le ofrecimos un humilde homenaje, a medio camino entre la crítica y la lectura devota de sus libros. Pequeña ofrenda que él calificaba así en inolvidable carta: «Mil gracias por este precioso regalo y téngame a su disposición en lo que hubiere menester».

Hoy viene a estas páginas un breve texto de su magistral conferencia, como introducción a una lectura más amplia y reposada. Y usted, amigo Augusto Roa Bastos, sí que puede disponer de nosotros para lo que hubiere, incluso para lo que no hubiere menester.

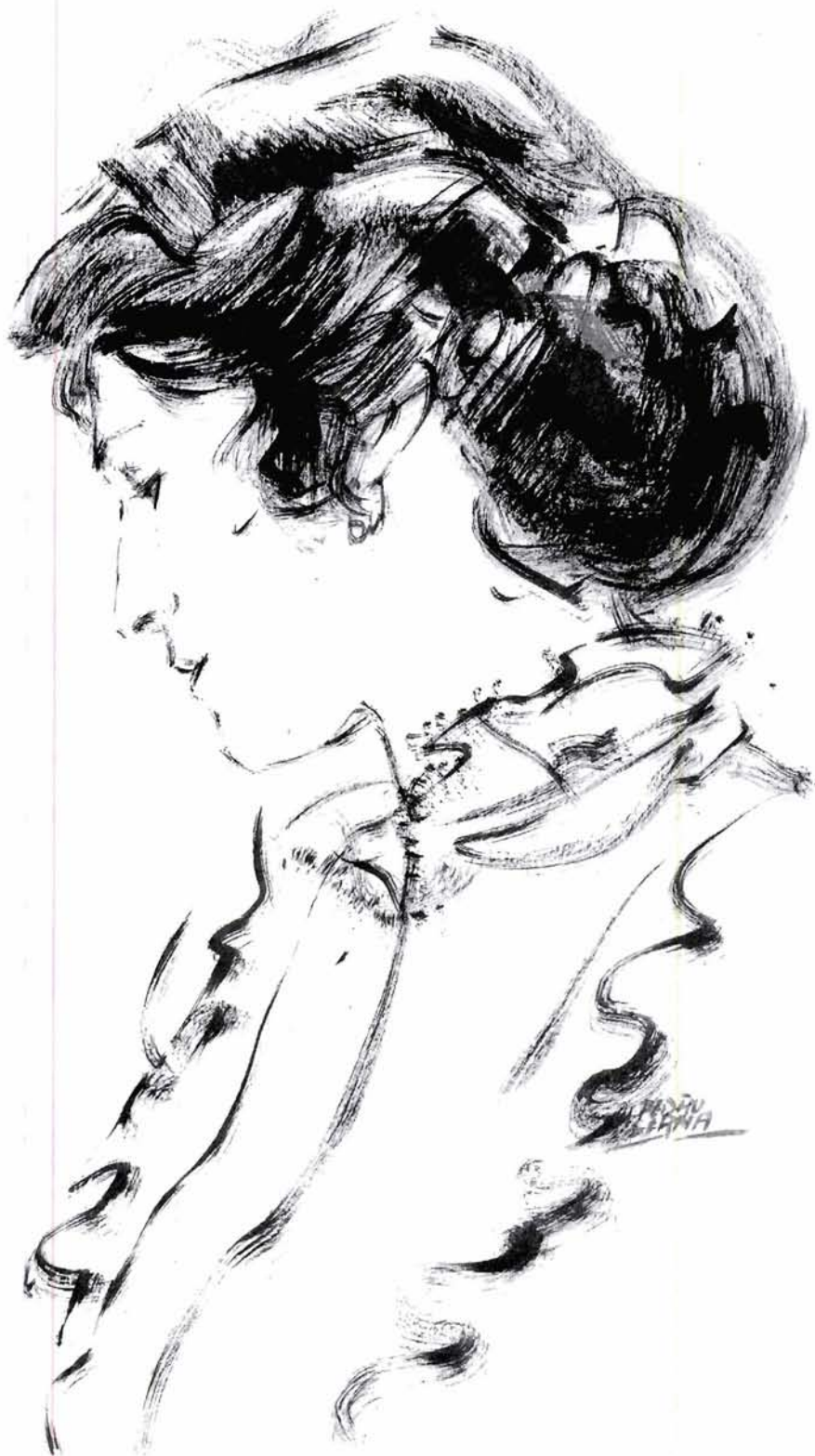
Victorino Polo García

mi pueblo, la trama de su destino, la causa y naturaleza de sus terribles defectos, pero también sus innatas cualidades de generosidad y abnegación, su callado heroísmo ante la adversidad, su orgullosa humildad, virtudes soterradas que son las raíces de su inquebrantable espíritu de resistencia a lo largo de siglos y que los grupos dominantes de dentro y de fuera no han logrado doblegar ni arrancar. Tal es también, a mi juicio, la causa que ha impedido hasta hoy la extinción de una colectividad que a mediados del siglo pasado

era considerada como la más avanzada material, social y culturalmente en América del Sur.

El Paraguay fue el primer país hispanoamericano después de la independencia donde se realizó durante más de media centuria la utopía de autarquía y libre autodeterminación, de independencia y plena soberanía e integridad territorial del país, utopía que los propios libertadores no alcanzaron a realizar.

No hablaré aquí de las causas que hicieron posible este experimento extraño y único en América Latina.



Más que la historia militar y política, me interesa la historia vivida por los pueblos, que son sus verdaderos protagonistas, tal es el caso del pueblo paraguayo.

Tras ese pueblo que vive acorralado y como en castigo, como en una isla rodeada de tierra, el centro de América del Sur, como en un interminable y vasto campo de concentración, detrás de ese pueblo hay una historia tremenda, desconocida y olvidada. En esa historia hay una gran catástrofe de recuerdos.

Quise escribir la historia de esa historia de ruinas, su tema central relata el triunfo de la vida sobre la muerte. Esa parábola impregna en mis libros, en particular los que componen el ciclo novelesco que yo denomino «Trilogía paraguaya»: *Hijo de hombre*, *Yo, el supremo* y la que ahora estoy escribiendo con el título de *El fiscal*.

El hombre paraguayo de índole rural, de mentalidad isleña que continúa expresándose en un dialecto mestizo de la lengua ancestral, este hombre secularmente escarnecido por el vigor inhumano de las oligarquías en el poder, despojado de su lengua, su tierra y su libertad, es el protagonista colectivo de estas sagas de la peregrinación.

El hombre descalzo, el hombre sin rostro, el hombre sin nombre continúa andando sobre la tierra, que a su semejanza lo hizo en busca de la tierra sin mal, según el mito inmemorial de sus ascendientes indígenas. Peregrina hacia esa tierra que se llevó su lugar a otro lugar.

El verdadero rostro de estos peregrinos son sus pies, duros y callosos como raíces migrantes, y hacia esos pies indomables yo me inclino cuando necesito encontrar la palabra que exprese enteramente los rasgos físicos y espirituales de esos seres, desde lo bajo a lo alto, de verse prisionero hasta la imagen del ser humano libre, dueño de su destino, que debe advenir algún día si la Humanidad no está condenada a perecer.

Augusto Roa Bastos